

## **Comentarios**

**Monseñor Marcelo Sánchez Sorondo**

**Canciller de la Academia Pontificia de las Ciencias Sociales**

Frente al fenómeno de la prostitución, ¿cuál tiene que ser el comportamiento de las religiones? ¿Y por qué las religiones aparte de dialogar tienen que actuar juntas para defender la dignidad humana y la libertad?

San Pablo, discípulo de Cristo dice en sus escrituras: “la libertad nos la ha traído Cristo; nos tenemos que mantener firmes para no caer de nuevo bajo el yugo de la esclavitud”. Es un hecho que Cristo nos trae la libertad y que hay que mantenerse firmes en la libertad, lo cual no es un problema simple, lo dice el mismo San Pablo.

Esta afirmación es una afirmación, digamos teológica, pero también es una afirmación histórica. Antes que Cristo, la idea de la libertad no existía entre los griegos, no existía entre los romanos, no existía en Asia, en las civilizaciones más antiguas y tampoco existía en América.

Se sabía que el jefe de una tribu era el único libre, se sabía que un filósofo, que era ciudadano, podía tener libertad, pero el hecho de que todo hombre y toda mujer, por el solo hecho de ser un ser humano fueran libres como atributo propio, eso no existía. Eso únicamente viene con el mensaje de Cristo, la idea de la igualdad de todos los hombres y mujeres viene con el mensaje de Cristo. En las civilizaciones de aquél entonces existían las castas, las condiciones sociales y las diferencias y desigualdades sociales.

Esta afirmación es fundamental; cuando uno va recorriendo un poco el mundo se da cuenta que los países que han tenido un origen cristiano, Francia Italia, México, por más que se quieran secularizar, la idea de que somos todos libres forma parte de sus creencias y por eso se produce en ellos esta tremenda reacción contra la esclavitud.

No así en otras áreas del mundo, no así en África, en Nigeria, por ejemplo, no se piensa así. Solo se siente, cuando se descubre esta fuerza que cada uno es libre; es una fuerza indómita que nadie puede parar, pero no todos la descubren. En la historia, en definitiva Cristo quien la descubrió fue Cristo y no siempre su iglesia la ha llevado hacia adelante.

La razón fundamental por la cual se da la abolición de la esclavitud en la historia, es porque han existido personas que han experimentado esta idea de que todos somos libres y la han llevado adelante, personalmente o a través de instituciones. Evidentemente que la Revolución Mexicana, que hemos celebrado ahora 200 años de América, es una revolución para afirmar la propia libertad, la propia libertad como nación, la propia dignidad, ya sea como comunidad o individualmente.

El gran misterio es entender cómo al corazón humano, que propiamente es libre, le ha costado tantas veces descubrir que realmente lo es. Ese es el gran misterio: ¿cómo se puede caer en el mal?, ¿cómo se puede caer en la corrupción?, ¿cómo se puede caer en la prostitución?, ¿cómo se puede caer en instrumentalizar a la otra persona, sin respetar su más íntima identidad, que es el hecho de ser libres?

El mismo Papa Francisco, cuando tiene que explicar por qué el hombre hace un mal uso de la naturaleza y existe lo que él llama, "la globalización de la indiferencia", recurre a San Pablo y a una idea que él repitió siguiendo al romano Ovidio, que dice lo siguiente: nosotros tenemos dos leyes que conviven dentro de nosotros, una es la ley del espíritu, que nos reconoce como seres libres, que nos reconoce nuestra parte espiritual, y que nos indica que tenemos que aspirar al bien y a la virtud; la otra es la ley de la concupiscencia, que descubrimos en nosotros mismos, en nuestro cuerpo, en nuestros miembros, una fuerza que nos lleva al mal.

Ovidio decía, "veo lo mejor y apruebo lo que es lo mejor después de reflexionar; sin embargo hago lo peor". San Pablo, siguiendo esta misma idea dijo: "yo descubro en mí esta ley y quiero hacer el bien, sin embargo hago el mal que no quiero". Y si esto le

pasaba a San Pablo, que era un santo discípulo de Cristo, también nos puede pasar a cualquiera de nosotros.

Y por eso, en la medida en que el hombre considera que es solamente materia, cree que debe vivir solamente para ganar plata y que todo está en función de su propio beneficio económico, su propio provecho. Como ya decía Aristóteles, cuando nosotros pedimos a los dioses que nos den el oro, al final acabamos muriendo porque el oro no se puede comer, no es comestible. Cuando la materia es nuestro ídolo, nuestro dios, aparece en nosotros esta ley de la concupiscencia que nos hace caminar hacia el mal.

En este sentido la educación resulta fundamental, pero educación no sólo de la inteligencia o del conocer, sino de educación del corazón, de la voluntad, educación hacia el bien. Esto hoy no se hace más.

Jeffrey Sachs, de la Universidad de Harvard, relata que el Presidente Obama de Estados Unidos, que admiramos por tantas otras cosas, un día lanzaba el siguiente mensaje a los estudiantes: “ustedes todos tienen que ser líderes, tienen que arribar a los puestos más importantes del poder, el poder, el poder, el poder”, pero nunca les explicó por qué, por qué tienen que arribar a los puestos más altos del poder ¿Para qué? ¿Para ganar plata, enriquecerse, buscar oro, con el que no podemos ni siquiera después comer?

Este es el punto central, la educación de la inteligencia y el corazón, lo que nosotros llamamos valores, ética. Tiene que ser fundamentalmente respetar al otro como a uno mismo, sabiendo que yo tengo la ley del espíritu y que tengo que conducir al otro hacia la ley del espíritu.

Esta es la regla de oro que siguen todas las religiones, “no le hagáis al otro lo que no queréis que os hagan a vosotros, haz al otro lo que quieres que te hagan a ti”. Yendo todavía más lejos, hay que seguir las enseñanzas de las bienaventuranzas, que valen para todas las religiones.

Cuando el Papa nos pidió que estudiáramos sobre las nuevas formas de esclavitud, realizamos un encuentro con los líderes de las religiones influyentes de todo el mundo en la Academia Pontificia del Vaticano. Las religiones han creado siempre las culturas, no hay ninguna cultura que no tenga un origen religioso. En general se dice que las religiones son el alma de las culturas.

Estudiando las religiones universales que han influido en la historia, el cristianismo, el islamismo, el hinduismo y el judaísmo y habiendo invitado a los líderes más importantes de estas religiones en presencia del Papa, el mensaje fue el siguiente: es muy difícil ponerse fácilmente de acuerdo sobre el tema de Dios, porque cada uno insiste más en un atributo en cuestión, en la bondad o en la justicia, o en que se encarnó y se hizo hombre, o que es un todo o incluso en el nombre que le damos; por eso es difícil ponernos de acuerdo en el tema concreto de la religión.

Pero sí nos podemos poner de acuerdo en actuar conjuntamente para defender la dignidad humana y la libertad ante las formas extremas de la globalización de la indiferencia, que sigue esa ley de la concupiscencia y particularmente ante las formas de trabajo forzado, prostitución, venta de órganos, crimen organizado, que el Papa Benedicto ya calificó como crimen de lesa humanidad.

El Papa Francisco dijo este mismo año ante jueces de todo el mundo, que son ellos quienes tienen que hacer respetar esta ley fundamental que está en el corazón de todos nosotros, que es justamente la igualdad y la libertad, y que ellos deben trabajar para erradicar estas formas extremas de explotación que constituyeren sí mismas, un crimen de lesa humanidad.

Es decir, además de hacer valer esta ley en el corazón de uno mismo y luchar contra ese mal que todos llevamos dentro persiguiendo el bien, también hay que trabajar para mejorar las leyes. Por eso pedimos a los juristas, a los jueces, que redacten normas más claras, porque los traficantes y tratantes son los que ganan con leyes confusas e ineficaces.

Según una estimación del año pasado de la OIT, Organización Internacional del Trabajo, esta industria genera 150,000 millones de dólares al año, y el 80% proviene de la prostitución. La ley de la concupiscencia nos lleva a ganar más y más plata y el negocio de la trata sexual es hoy tan ingente como el de la venta de armas. Lo que conocemos es únicamente la punta del iceberg porque justamente lo que mejor saben hacer los traficantes y tratantes es trabajar en la clandestinidad ocultando sus actividades y ganancias.

Frente a la habilidad de los perpetradores que son los únicos que hacen negocio incluso cuando hay crisis económica, nosotros debemos focalizarnos en la conciencia del problema, en la solución del problema y en las leyes para atajar el problema.

La ley mexicana ha supuesto un paso decisivo en la encarcelación de a más tratantes y colaboradores. Sin embargo, esta Ley hay que perfeccionarla hasta lograr algo parecido al "modelo nórdico" y penalizando a los consumidores, que son los que crean el mercado. Son imprescindibles normas precisas que criminalicen a los clientes de un modo definitivo, quedando reflejado en su propio currículum que han tenido una actividad criminal.

Nos decía la Canciller de Suecia en la Academia, que desde que aprobaron la Ley sueca y fue refrendada posteriormente por un referéndum, la prostitución había disminuido un 50% en Suecia.

Es interesante pensar que donde se comenzó a penalizar a los consumidores fue precisamente en los países donde más éxito tuvo la revolución sexual. Ellos mismos fueron conscientes que si seguía adelante por ese camino, se destruiría la sociedad y por eso reaccionaron aprobando esta ley, severa y contundente. Lo que más destruye a la familia son estas cosas, lo que destruye más profundamente a la sociedad es la prostitución, hay que decirlo claro.

Hasta el mismo Papa Benedicto, que se dice discípulo de San Agustín, ha criticado una idea de San Agustín que está presente en muchos eclesiásticos, en la jerarquía y en el mundo entero, de que la prostitución se trata de un mal menor cuando está controlada por el Estado. El Papa Benedicto ha dicho que no es un mal menor, sino que es un mal absoluto, porque no hay un calificativo mayor que un crimen de lesa humanidad y lo mismo ha repetido el Papa Francisco.

En este Foro, todos los aquí presentes tenemos que tratar de progresar en esos modelos; también tenemos que celebrar que la Francia cristiana, hija mayor de la Iglesia, en todo caso ahora laica, es la que también ha adoptado recientemente el "modelo nórdico", la ley que condena a los consumidores. Es el primer país latino que lo hace, nosotros somos latinos, México también es un país también latino y es un modelo para todos. Ojalá que en Italia hicieran lo mismo, ojalá que en la Argentina, en Estados Unidos o en Alemania, hicieran lo mismo.

En Alemania, está reconocido el trabajo sexual, pero no lo organiza el Estado, porque no organiza facultades para enseñar cómo hacer sexo; lo deja en manos de los tratantes y proxenetas y lo que parece un trabajo sexual reconocido por el Estado en realidad es un trabajo organizado por los tratantes.

Los líderes religiosos tenemos que ponernos de acuerdo sobre cómo actuar para defender la dignidad y la libertad de cada una de las personas que viven en este mundo, especialmente de las mujeres. Debemos considerar que son el logro más grande que ha hecho el Creador junto con el hombre, pero de alguna manera más porque ellas son madres y como también dijo el Papa Juan Pablo en una carta a las mujeres, tienen la vocación, el genio del amor.

Siguiendo las enseñanzas del Papa Francisco, tenemos que crear un movimiento que llegue a todos los estratos de la sociedad, desde los líderes religiosos a la opinión pública, para denunciar estas formas extremas de la globalización de la indiferencia; el

trabajo forzado, la prostitución, y el crimen organizado, son los crímenes contra la humanidad más importantes de este momento.

Las Naciones Unidas y su Secretario General, Ban Ki-moon, desean unir diferentes causas y hacer un frente común, porque si no la gente no cree en el cambio climático, tampoco cree en estas formas extremas de la globalización de la indiferencia. Podríamos decir que se ha producido una especie de sinergia entre el espíritu de las Naciones Unidas y el espíritu de las religiones. Uno de los éxitos más grandes que ha obtenido la Academia Pontificia ha sido poder incluir entre los objetivos del milenio, el Objetivo 8.7, donde por primera vez se reconoce la trata de personas, el trabajo forzado y la prostitución forzada.

Todos los países, incluido México, tienen un nuevo imperativo moral de redactar leyes conformes a esta nueva exigencia de Naciones Unidas, que ha sido aprobada por unanimidad y todavía más después del discurso que realizó el Papa Francisco ante las Naciones Unidas.

En definitiva y volviendo al inicio de mi discurso, las religiones deben defender la dignidad humana y la libertad de cada ser. Debemos luchar contra la prostitución y todas las formas de explotación sexual y tender hacia un modelo como el nórdico, donde prima la dignidad y los Derechos Humanos de las personas frente a los intereses económicos y/o de otra índole que puedan existir. Ojalá que tanto el mundo latino como los países anglosajones se unan a este modelo y consigamos un mundo libre de violencia y de cualquier forma de explotación.